



EL PORQUÉ DE LOS POPULISMOS

Un análisis del auge populista de derecha
e izquierda a ambos lados del Atlántico

Coordinado por **Fran Carrillo**

Con la **colaboración** de José Luis Villacañas, Aurora Nacarino-Brabo,
Esteban Hernández, Juan M. H. Puértolas, Patricia Centeno, Juan Ramón
Rallo, Daniel Lacalle, Narciso Michavila y Federico Steinberg

DEUSTO

El porqué de los populismos

Un análisis del auge populista de derecha e izquierda a ambos lados del Atlántico

FRAN CARRILLO (Coordinador)



EDICIONES DEUSTO

© 2017 Fran Carrillo, Patricia Centeno, Esteban Hernández, Daniel Lacalle,
Narciso Michavila, Aurora Nacarino-Brabo, Miguel Otero-Iglesias, Juan M. H. Puértolas,
Juan Ramón Rallo, Federico Steinberg y José Luis Villacañas

© Centro Libros PAFP, S.L.U., 2017

Deusto es un sello editorial de Centro Libros PAFP, S. L. U.

Grupo Planeta

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-234-2740-6

Depósito legal: B. 5.866-2017-2017

Primera edición: abril de 2017

Preimpresión: gama sl

Impreso por Egedsa

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Sumario

Introducción	9
--------------------	---

Capítulo 1

LA CUESTIÓN POLÍTICA

Pasado, presente y futuro de los populismos

1. La reinención de la política. Orígenes y fundamentos del populismo contemporáneo.
José Luis Villacañas 17
2. De dónde viene y adónde va. Un estudio del contexto antisistema. *Aurora Nacarino-Brabo*..... 47
3. Las claves del éxito populista (durante siglo y medio).
Esteban Hernández 85
4. Donald Trump: el populismo conquista la Casa Blanca. *Juan M. H. Puértolas* 113

Capítulo 2

LENGUAJE E IMAGEN. DISCURSO Y FORMAS

Estética y relato del populismo

5. El relato del miedo: la construcción del discurso a la contra. *Fran Carrillo*..... 135
6. La estética populista y el lenguaje visual. Cómo visten y revisten sus ideas los movimientos antisistema.
Patrycia Centeno 163

Capítulo 3

EL FACTOR ECONÓMICO

¿Son creíbles y aplicables sus propuestas?

7. La globalización; el principal enemigo del populismo de izquierdas y derechas. *Juan Ramón Rallo* 187
8. Una vez más, ¡es la economía, estúpido!
el populismo de izquierdas en España, al descubierto.
Daniel Lacalle 213

Capítulo 4

QUÉ HA PASADO. QUÉ PASARÁ

La crisis de los sondeos de opinión y análisis especializados

9. El año que encuestamos peligrosamente.
Narciso Michavila 237
 10. Hacia una nueva era: qué cambiará social
y económicamente en Estados Unidos, en Europa
y en el mundo. *Federico Steinberg* y
Miguel Otero-Iglesias 259
- Bibliografía. 283

1

La reinención de la política. Orígenes y fundamentos del populismo contemporáneo

José Luis Villacañas

Los cambios reales sólo se producen cuando la gente común se une.

BARACK OBAMA.

Discurso de despedida de Chicago,
10 de enero de 2017

Empecemos por el principio. Definición inicial de populismo

Populismo es el síntoma de la contingencia de la relación entre una sociedad democrática de masas y poder político. En este sentido, el populismo puede adoptar los más variados aspectos y figuras. Todos ellos parten, sin embargo, del supuesto de la formación democrática del poder basada en decisiones de masas. Sin democracia social de masas no hay populismo, aunque esto no quiere decir que el populismo no pueda cambiar de forma drástica el sentido de la democracia e incluso, llegado el caso, de eliminarla; o que no sea también posible en regímenes autoritarios sin una genuina democracia política. Pero sólo hay populismo porque el poder debe conformarse o apoyarse en las masas. Incluso en el caso de que un actor se haya auxiliado de maneras autoritarias para llegar al poder, tendrá que integrar elementos democráticos para que adquiera la faz populista. Sin ellos, por lo demás, será difícil estabilizarse.

Esto es así porque, como ya entrevió Tocqueville y sus seguidores, ningún poder político moderno puede estabilizarse sin el apoyo de las masas, expresado de algún modo. Según sea este modo, así se podrá calificar el sentido de su democracia o de su populismo. Por lo general, el populismo se muestra inclinado hacia una democracia plebiscitaria que refuerza hasta el extremo los poderes ejecutivos y que permite un uso concentrado de los medios de propaganda. En todo caso, el populismo implica refrendo real de algún tipo del poder por parte de las poblaciones, y es muy difícil caracterizar como populistas los regímenes dictatoriales o totalitarios, por mucho que usen medios comunes con algunos regímenes populistas. El populismo lucha por la adhesión de las masas y quiere asegurarla, pero no mediante el terror declarado, la opresión desnuda y el crimen de Estado generalizado.

Podemos definir entonces el populismo como un régimen de gobierno y de lucha política que aspira a ganar la adhesión y la fidelidad libre de las masas en las formaciones sociales democráticas. En tanto régimen de masas, la forma de alcanzar el poder ha de ser en algún modo democrática, lo que desde luego implicará tensiones con la forma de la democracia liberal y, lo que es más importante, con la democracia constitucional. Esas tensiones por lo general derivan de formas en las que se hace visible la condición de masa de los apoyos del poder populista. El populismo no parte del principio del valor exclusivo y fundamental del axioma «un hombre, un voto», aunque lo acepta. Por eso lo complementa con acciones de masa de diferentes tipos: manifestaciones, referéndums indicativos o no decisorios, huelgas y otras actuaciones que tienen que ver con lo que Max Weber llamaba «democracia de la calle». En este sentido, el populismo busca de forma intensa poner a su servicio las agrupaciones centrales en la dirección de masas, como pueden ser sindicatos de toda índole, o movimientos sectoriales masivos (juventud, mujeres, etc.). En suma, si desde Tocqueville y los clásicos del liberalismo que le siguieron, como John Stuart Mill, la sociedad democrática mostró tensiones profundas con la conciencia individual, el populismo siempre ha puesto énfasis en las estructu-

ras de masa, viendo en el valor del individuo liberal el signo de un elitismo autosuficiente y ajeno al destino de los comunes. De ahí que el populismo ha usado todas las herramientas retóricas destinadas a la formación de solidaridad de masa, como pueden ser una comunicación política basada en los afectos, los sentimientos, las necesidades primarias y una clara simplificación del mensaje identitario.

Prehistoria: gobiernos de masas

Por supuesto que hay regímenes alternativos de gobierno de las masas. Por ejemplo, todos los preceptistas y autores políticos del Barroco europeo, desde Shakespeare a Saavedra Fajardo, ofrecieron su idea de las formas de gobierno de lo que se llamaba multitud, plebe o pueblo, que es algo diferente de lo que Maquiavelo llamaba *popolo minimo*, afincado en el interés y la pasión de la libertad. La multitud o plebe barroca es de otra índole. La libertad política no es su objetivo, como no lo es meter en cintura a los estratos aristocráticos pendientes de la grandeza y la reputación. Muchos preceptistas barrocos elaboraron complejas analogías entre la política y el teatro y sugirieron que las masas se gobiernan mediante algún tipo de espectáculo, de representación o de simulacro. Para todos ellos, el teatro vivía de la excitación de las pasiones, desde el arrobo al estupor, pasando por el miedo, la zalamería o la vanidad. La finalidad de la representación es el aplauso, la aceptación, la reputación de los actores, el favor del público. Así, la plebe es vista como un espectador que se reserva como actuación el seguimiento o el abucheo, la aclamación o el rechazo.

Parte de este saber de la representación exitosa pasó a los preceptistas de los golpes de Estado, y todos entendieron la política como un arcano en el que se escondía el secreto arte de tirar de los hilos que manejaban a la plebe como una marioneta a su favor. Desde este punto de vista, el régimen barroco de gobierno de la masa supuso un concepto de soberano casi teológico y omnipotente. De la misma manera que Lutero había definido a

Dios como el que maneja los hilos de la voluntad humana, el Barroco vio el poder soberano bajo el mismo prisma. El poderoso, como el escritor de comedias, es el que sabe tirar con solvencia de esos hilos y producir el aplauso y la admiración. Por supuesto, el poder político del Barroco conocía un peligro fundamental para el Estado: la unión de la plebe con los grandes. Impedir esa unión es la aspiración de todo soberano barroco. Ahí radicaba su conciencia de la contingencia del poder. Cualquier monarca sabía que una alianza entre los aristócratas militares o eclesiásticos y la plebe dejaba al poder regio con las manos atadas. Por eso no es casual que, a cada intervención fuerte de los poderes regios, la reacción se canalizara mediante motines populares. Tras su anonimato se escondían también quienes tiraban de los hilos de las marionetas. Las disputas por el favor de la plebe marcarían así las luchas entre las aristocracias y las monarquías.

Estas técnicas de gobierno de masas no han caído en el olvido. Porque el Estado no olvida nada. Al contrario, las sociedades modernas las han transformado y revitalizado mediante las técnicas actuales de la teatralización y el espectáculo. Mucho antes de que se inventaran las formas de la propaganda actual a través del cine y luego de la televisión y las redes sociales, fue la propia filosofía política la que impulsó esa vinculación de la política con el teatro, y luego esa revitalización del gobierno de las masas a través de las formas espectaculares. Nos parece que éste es un asunto nuevo, pero en realidad es tan viejo como la modernidad y la impregna por entero.

Ya Maquiavelo propuso todos los elementos de su política en su obra *La mandrágora*, si bien aquí tenemos la forma política aristocrática que se juega en las pequeñas estancias. En el otro extremo de la modernidad consumada, el gran seguidor de Maquiavelo que fue Nietzsche ya definió de nuevo a su político como un gran actor frío y proteico, capaz de representar cualquier cosa con indiferencia y perfección. Inspirado en la capacidad casi religiosa de la ópera y su capacidad de transfigurar la realidad entre los públicos burgueses, Nietzsche propuso el concepto de una gran política que se concentró en la capacidad de gobernar a las masas mediante deslumbrantes elementos estéti-

cos. La influencia de Nietzsche en la filosofía contemporánea es tan fuerte como contradictoria. Desde luego inspiró el nazismo como obra de arte total. Que estemos en la sociedad del espectáculo, como defendió Guy Debord, es una previsión en cierto modo querida por Nietzsche, e incluso podríamos decir que su previsión de que nuestro tiempo sería más bien la parodia de un espectáculo es en sí misma nietzscheana.

Condiciones de los populismos contemporáneos

Muchas veces la filosofía ofrece diagnósticos deslumbrantes y espectaculares, pero tras sus destellos se oculta una prosaica realidad que no conviene olvidar. Si tuviéramos que identificar el corazón de esa realidad, diríamos que se trata de la contingencia del poder político. Atravesado por esa contingencia, nada desea más el poder que controlar el tiempo, eternizarse, asegurarse. La tradición entera de Europa está determinada por esta comprensión, en la que se hunde la naturaleza histórica de sus sociedades. El concepto que estaba en la base de esa contingencia era el de fortuna. Todo el pensamiento político europeo se ha querido asegurar contra ella. En la fortuna se alojaba el misterioso poder del tiempo, su capacidad de devorar todo lo estable, firme y sólido. En una sociedad democrática, la aspiración de controlar la fortuna significaba la capacidad de controlar la fidelidad de las masas. El populismo es la forma democrática de hacerlo.

Esto significa que el populismo es una latencia del gobierno democrático. No todo gobierno democrático tiene que ser populista, pero toda democracia puede llegar a serlo. Lo que debemos investigar es cómo se transita de la latencia a la presencia populista. Cuando la fortuna de los antiguos o la situación de riesgo de los modernos se presentan desnudas a su cita histórica. Son esas las situaciones en las que la fidelidad de las masas a sus sistemas de gobierno comienza a resquebrajarse por diversos motivos. Pero este hecho suele colocarse en la superficie del problema. En realidad pertenece a los síntomas, no a las causas. Esa falta de fidelidad se suele deber a cambios políticos profun-

dos, consecuencia de crisis sociales que rompen las reglas implícitas o explícitas vigentes de la representación política y la orientan hacia otros actores, esquemas, supuestos, valores y fundamentos.

Por supuesto, estos cambios experimentan transiciones y generan espacios de incertidumbre. Por eso, para actuar en ellos se requiere curiosamente que esa fidelidad de las masas sea más intensa, decidida y arrojada, justo por el riesgo de que se resquebraje, se pierda o se desplace a otros actores. Por eso, los populismos habitualmente brotan desde el poder y se activan desde la aguda percepción de peligro por parte de los mismos actores poderosos que aspiran a defender sus mismos intereses por otros medios más problemáticos.

Hoy hay una intensa polémica acerca de si hay populismo de derechas y de izquierdas. Creo que la cuestión profunda es diferente: se trata de si los poderes vigentes son capaces de mantener o no la confianza de las masas en situaciones de riesgo y de cambio de escenario. Sólo en el caso de que no sean capaces de hacerlo, pueden surgir otros sistemas de representación que reocupan esos espacios de confianza. Esto es: los populismos son hegemónicos (tienden a mantener una confianza anterior por medios más intensos) o contrahegemónicos (perciben las probabilidades de desplazamiento de esa confianza y las intensifican con ofertas más radicales). Dicho de otro modo: sostienen una dimensión hegemónica en riesgo o se lanzan a otros sistemas de representación de masas para forjar sistemas hegemónicos alternativos, ante la percepción de que los vigentes dan síntomas de no haber logrado ese plus de fidelidad de las masas en situaciones de cambio y de riesgo. El caso más notable lo tenemos cerca. Por ejemplo, las élites en el poder en Cataluña desde los últimos treinta años han logrado mantener esa fidelidad intensa de las masas en situación de crisis social mediante la divisa de la independencia, y con ella se han reforzado para encarar una situación de riesgo existencial para ellas, como es la de ver reducida a Cataluña a una región española más. La consecuencia ha sido una superación de todas las diferencias políticas y la formación de un frente independentista común.

En España, por el contrario, no ha cristalizado un populismo nacionalista alternativo, como sin duda algunos actores suponían inevitable. De ahí que hoy el problema catalán sea tan grave: se azuzó desde la segunda legislatura de Aznar pensando que produciría un nacionalismo español capaz de enfrentarse al catalán, y nos ha dejado el resultado de un populismo catalán potencial aliado de un populismo de izquierdas en otras nacionalidades y regiones, incluso en las centrales (Madrid y Andalucía). Por lo general, el sistema hegemónico de poder tiene los sistemas de observación más adecuados para la percepción de ese riesgo para sus intereses. Poder es información y previsión, o, como decía una vieja palabra, «providencia». Por lo general, el mayor riesgo para todo sistema de poder procede de la compleja trama de relaciones entre sociedad y política. Esto es: el poder social difuso, desregulado, informe, anónimo, que se organiza en multitud de tramas privadas, puede entrar en una relación confusa, insegura, inestable con las formas del poder político públicas, reguladas, expresas, representativas. Puede llegar el caso de que la constitución del poder político se distancie de intereses sociales claros, fuertes de tal manera que amenacen su futuro. En este caso, el poder político puede convertirse en una amenaza para aquellos poderes sociales que hasta ahora se sentían vinculados a él. Entonces, se requiere un reajuste entre las relaciones del poder político y social y eso puede implicar el chispazo populista.

Es lo que ha pasado en Estados Unidos con Donald Trump. Los grupos sociales que hasta ahora habían logrado un equilibrio en el imaginario de la representación política, pero que se habían quedado atrás desde el punto de vista económico y social, rozando la desesperación frente a la agenda política de Washington, se han reconectado al sistema hegemónico mediante el éxito populista de Trump. Da igual que ese antiguo equilibrio se rompiera por la política republicana de Nixon y Reagan. Da igual que su política de liberalización con China llevara a la mayor deslocalización de la historia al servicio de los grandes intereses capitalistas. Da igual que esa política republicana llevara a las clases medias blancas a su mayor desgracia históri-

ca, como mostró el ejemplo de Kansas. La revolución neoliberal aplastó a las bases históricas de la democracia americana y generó una nueva sociedad multirracial que amenaza con desplazar el centro de la representación política hacia la minoría hispana, cuya fidelidad a las premisas políticas de una nación líder mundial no está contrastada. Ahora esas clases medias blancas han reaccionado para dejar claro que todavía son la base de la política americana, aunque para eso hayan desoído a las dos élites, la republicana y la demócrata, imponiendo a un *parvenus* que al menos les ofrece sonoras compensaciones de autoafirmación nacional y de política de poder internacional fuerte.

Esto nos lleva a otro comentario. La segunda causa que afecta a la fragilidad del poder político y sus relaciones con la sociedad, además de las crisis internas, es la constelación internacional cambiante. Incluso me atrevería a decir que las dos causas (desplazamiento de las bases populares de un poder hegemónico y horizonte de riesgo en relaciones internacionales) van íntimamente unidas. Los sistemas hegemónicos necesitan un apoyo rotundo de las masas cuando la situación internacional entra en zona de riesgo. Y esto es sobre todo necesario cuando se tiene que desplegar una agenda de liderazgo mundial, como sucede en Estados Unidos o en Rusia. Así que la necesidad de asegurar la fidelidad de las masas más convencidas de ese liderazgo mundial se ha tornado urgente en las grandes potencias. Frente a la agenda Obama, que se apoyaba en la emergencia de nuevos colectivos sociales como negros e hispanos y en una cultura multirracial de la diferencia, fruto de la emigración masiva, la agenda Trump se basa en las poblaciones blancas tradicionales a las que se promete regresar a la América grande de otro tiempo. En efecto, las élites estadounidenses más conservadoras tienen memoria de la actitud de los negros ante la guerra de Vietnam, pero también de las juventudes blancas urbanas universitarias vinculadas al Partido Demócrata. Si nuevos gestos hegemónicos se hacen necesarios en el horizonte de las relaciones internacionales, sobre todo frente a los nuevos poderes mundiales como China, entonces es preciso reforzar la continuidad del votante blanco americano tradicional, el único fiable en su patriotismo militarista.

Podemos decir por tanto que una de las razones fundamentales de la emergencia del populismo latente en las democracias es la situación de *translatio imperii*. Llamo por este nombre a las situaciones de peligro en el desplazamiento de la hegemonía mundial. Hoy estamos en una de ellas con la emergencia de China como potencia global. En realidad, a situaciones semejantes está asociada la historia reciente del populismo contemporáneo. Eso caracterizó la época del final de la hegemonía inglesa en el mundo, cuando las placas tectónicas de la política del planeta se desplazaron con fuerza para organizar un nuevo suelo firme de poderes mundiales. Para hacer frente a ese desafío, el Segundo Reich alemán generó una política de masas alrededor de su káiser que, entregada a una dura escalada atizada por el propio emperador, unificó a las poblaciones en los valores del prestigio, honor de la nación, militarismo, política de fuerza, realismo y dureza despiadada. Las masas asumieron estos valores con una fidelidad que consumó su condición sacrificial. Las pasiones nacionales de toda Europa no se quedaron a la zaga y todavía el Ortega que mira ya la época cristalizada pudo hablar de los nacionalismos como el esquema que canalizó la rebelión de las masas. En realidad, no fue una rebelión, sino una cristalización populista elaborada desde el poder.

Y cuando se vio que el terremoto de la Gran Guerra no había encontrado roca firme, sino que había dejado al descubierto la herida por la que manaba el magma hirviente de la sangre vertida, los Estados fortalecieron sus posiciones internacionales mediante sistemas de fidelidad de masas todavía más extremos, con la irrupción de los fascismos europeos. Estados Unidos no se quedó atrás. Para no dispersar las fuerzas de la nación en un momento de crisis interna en el que la escena internacional se tornaba angustiada, el populismo de Franklin D. Roosevelt preparó a Estados Unidos para la lucha inminente por la hegemonía mundial. Que era eso lo que se jugaba se vio en los tipos de alianzas que se establecieron. Pues no debemos pensar que Stalin se unió a las potencias democráticas occidentales por convicción de afinidad. Sencillamente, sabía que el peligro de un Hitler aliado a Japón era mayor que el de un lejano Washington.